

Los supuestos del contemporaneísmo en la historiografía de posguerra

Vicente CACHO VIU

La jubilación anticipada de los profesores Jover y Palacio me ha convertido, de forma prematura y todos esperamos que transitoria, en el más anciano de la tribu, académicamente hablando, del Departamento de Historia Contemporánea de la Complutense, organizador junto con la Biblioteca Nacional de estas Jornadas. En condición de tal, he aceptado el honor y la responsabilidad de pronunciar la primera conferencia. El tema previsto, «La historiografía española de posguerra», ha sido objeto de una cierta reconversión al saber que el profesor Seco iba a abordarlo también en su conferencia de clausura. Todos saldremos ganando —y pienso sobre todo en los colegas más jóvenes— con escuchar ese relato hecho no por mí, sino por uno de los protagonistas del potente surgimiento de la historiografía contemporánea en los decenios que siguen de inmediato a la guerra civil. En vez de hablar, por tanto, tal y como estaba anunciado, de la historiografía española de posguerra en su conjunto, me ceñiré —con descanso para ustedes y no poco alivio para mí— a los supuestos de que parte el contemporaneísmo en la década de los cuarenta y comienzo de los cincuenta; mucho antes, pues, de que la historia contemporánea alcanzase, en 1965, la posibilidad de constituirse en departamento universitario autónomo, de donde arranca el pleno desarrollo de nuestra especialidad.

Entiendo que el contemporaneísmo de posguerra procede de una doble fuente: la historiografía contemporánea liberal, mayoritariamente extraacadémica, anterior a 1939; y la herencia recibida de la historiografía moderna, muy desarrollada ya desde principios de siglo en las universidades españolas, y de la que, salvo rara excepción, proceden todos nuestros maestros, entre ellos los dos profesores a los que ahora homenajeamos. Si a esto se añade el carácter multidisciplinar que desde un principio ha caracterizado el cultivo de la historia contemporánea entre nosotros, quedan indicados los tres supuestos de los que parte, en los que se sustenta, el contemporaneísmo. A ha-

blar de tales supuestos va a limitarse mi intervención, breve en todo caso, ya que no resulte, por haber sido repentizada, tan clara y razonable como sería de desear.

I

Al ser las cátedras de historia moderna y contemporánea a la vez, la enseñanza y la investigación universitarias habían girado habitualmente en torno a la época moderna, la de mayor riqueza y repercusión extrapeninsular para la historia de España, hasta el punto de identificarse ésta, sobre todo en los siglos XVI y XVII, con la de parte muy sustancial de Europa. Ello explica los orígenes más modestos de la historia contemporánea, cultivada por personalidades aisladas, historiadores o no profesionalmente, pero con un rigor muy estimable y que, dentro de un horizonte casi siempre liberal, fueron realizando diversos estudios, con frecuencia al hilo de los acontecimientos, a medida que avanza el siglo XIX o empezamos a adentrarnos en el XX.

Citaré tan sólo unos cuantos ejemplos, elegidos entre aquellos libros que personalmente, al iniciarme en la contemporánea, me fueron de especial utilidad; no contábamos entonces, en los años 50, con el conjunto de monografías ni con los manuales o síntesis de los que hoy parte cualquier estudioso de nuestra historia reciente. Queda así explicado que correspondan casi todos ellos a lo que solemos llamar la baja edad contemporánea, del 68 en adelante, por ser la etapa a la que me he dedicado. Con especial cariño recuerdo ahora la continuación de la *Historia general de España*, llevada a cabo, a fines de los ochenta y bajo la dirección de don Juan Valera, por Borrego y Pirala; se trata de capítulos ricos en datos fiables, elegantemente redactados además, y en los que abundan juicios de gran perspicacia política. O el libro del Marqués de Lema, *De la Revolución a la Restauración*, más próximo, de fin de los años veinte, y que en su momento nos introdujo a muchos en el sexenio que, gracias a José María Jover, hoy llamamos «democrático» y que entonces, más reaccionariamente, denominábamos «revolucionario». Vienen igualmente a mi memoria los volúmenes, menos conocidos, de las conferencias dadas en el Ateneo de Madrid sobre *La España del siglo XIX*, recién comenzada la Regencia, por una serie de personalidades de la vida académica, literaria o política, y que son en parte historia y en parte testimonio personal de quienes habían presenciado y contribuido a los cambios sustanciales experimentados, en lo que iba de centuria, por nuestra sociedad. Todos recordamos, y aun muchos lo hemos escuchado personalmente, al Duque de Maura, cuya *Historia crítica de la Regencia*, rematada en 1925, constituye una obra inteligente y bien escrita, utilísima para completar la panorámica de un siglo. Cuando éste acababa de terminar, un número de aquella gran revista que fue «*Nuestro Tiempo*» realizaba, con motivo de la mayoría de edad de Alfonso XIII en mayo de 1902, un primer balance, todavía hoy revelador y sugerente, de lo que habían supuesto, para la consolidación de la política de partidos en la monarquía restaurada, los dieciséis años de la Regencia.

En fechas más próximas a nosotros, un intelectual eminente que tampoco fue, en sentido estricto, un historiador, Salvador de Madariaga, había publicado una visión madrugadora de cómo había evolucionado, en la etapa subsiguiente que estaba ya virtualmente agotada —la primera edición, la inglesa, de su *España*, es de 1930—, la vida española en su conjunto, no tan sólo la superficie política. Ya en plena República, publica Melchor Fernández Almagro una *Historia del reinado de Alfonso XIII*, que influyó menos de lo que merecía en los decenios de posguerra; yo, al menos, no pude localizarla hasta bastantes años después en el Ateneu Barcelonès, porque el ejemplar del Ateneo de Madrid, según aseguraba la tradición de la casa, había sido retirado por el propio don Melchor después de la guerra civil, y tampoco se encontraba en las bibliotecas oficiales. En vísperas de la tragedia apareció la espléndida síntesis de Rovira i Virgili, *Resum d'Història del catalanisme*, que los años transcurridos han convertido en un clásico, como lo es, por seguir en el campo catalán y con el mismo autor, otro librito escrito en el exilio y publicado tardíamente, *Els corrents ideològics de la Renaixença catalana*, la mejor exposición de que todavía hoy disponemos para entender los fundamentos teóricos de un nacionalismo peninsular. Cerremos esta ya larga relación con un libro dramático, escrito por José Castillejo en plena contienda, leído por todos nosotros años después, salvo que tuviéramos acceso a la edición inglesa, única aparecida en su momento: *Wars of ideas in Spain*, que refleja perfectamente cuál ha sido la evolución del mundo intelectual, y también de nuestra universidad, en el primer tercio del siglo XX.

Libros como estos, descubiertos y trabajados a lo largo de la década de los 40, o de los 50, según la edad de cada uno, nos fueron introduciendo en una visión problemática de nuestra historia inmediata, que se nos aparecía como defectiva respecto a los parámetros usuales en la Europa más desarrollada, en cuanto aquí se habían ido sucediendo, con una reiteración preocupante, las crisis de la monarquía liberal, las experiencias democráticas breves y frustradas por guerras civiles, y largos períodos de inmovilismo político. Semejante proceso era, sin embargo, contemplado por éstos y tantos otros escritores insertos en la corriente liberal, independientemente de cuál fuera su militancia política, con un optimismo de fondo, seguros como estaban de que, por lento y trabajoso que resultara, también había de producirse entre nosotros el tránsito desde el liberalismo a la democracia de masas que estaban experimentando, con ritmos muy diversos, todos los países de la Europa Occidental. Esa convicción, más expresa a medida que las fechas de sus escritos se aproximan al presente, y que tan radicalmente difería del discurso político impuesto desde el poder, fue generando, sin mayor estridencia externa, una visión liberal y abierta para abordar históricamente los problemas de nuestro pasado más reciente. Pienso que fue semejante tipo de libros el que influyó en los pocos trabajos serios sobre la España contemporánea realizados en la posguerra; una de las primeras tesis dedicadas a historia contemporánea, no ya a historia moderna, es la de un profesor que precisamente está hoy entre nosotros, Miguel Artola: su libro sobre *Los afrancesados*, publicado en el año

53, une a su valor intrínseco el mérito de haberse aventurado en una etapa sobre la que contados catedráticos del momento estaban dispuestos, ante la carencia de antecedentes académicos, a dirigir una investigación doctoral.

Esta línea de historia contemporánea surgida gradualmente en la posguerra y que tiene como lecho la historiografía liberal anterior, es absolutamente ajena, creo que hay que decirlo, a la situación política del país, ante la que se condujo con una gran independencia intelectual y, por tanto, con una gran integridad moral. Recuerdo a este respecto, que muchos años más tarde, cuando don Jesús Pabón había publicado el último tomo de su *Cambó*, el año 69, estaba preparando una larga crítica de su libro para el periódico «Madrid», desaparecido poco después, y se me ocurrió preguntarle si tenía interés en que destacara algún aspecto concreto de su trabajo: escriba usted lo que le parezca conveniente, vino a decirme, ... pero, en todo caso, subraye —y así lo hice— que para nada he modificado mi punto de vista desde que en 1952 apareció el primer tomo, pese a lo mucho que la situación ha cambiado desde entonces. Como gran historiador que era, no había entreverado la investigación con la política, y hacía una labor duradera, ajena, se decía al final de aquella reseña, «a las servidumbres efímeras del momento». Quizá la mejor lección que podamos aprender, los que hemos llegado más tarde, de la historiografía realmente válida de la posguerra es su compromiso con la modernización del país, manteniéndose al margen de cualquier ortodoxia pública: el avivamiento de la memoria colectiva en que consiste cualquier empeño historiográfico, y más aún si se centra en el mundo contemporáneo, tiene unas connotaciones ciudadanas evidentes, que más vale no confundir con una labor de partido, so pena de distorsionar la visión histórica y hacer ininteligibles, al paso de unos pocos años, análisis demasiado condicionados por preocupaciones inmediatas.

II

Mucha mayor complejidad presenta, como es fácil suponer, la herencia modernista, el legado de la escuela de historia moderna. Dos, de entre sus aportaciones al contemporaneísmo, desearía destacar: la aceptación en su integridad del pasado nacional, sin excluir corriente ni época alguna; y la inserción natural de nuestra historia en la historia universal.

La primera de esas ideas me la sugirió, no hace muchos días, el profesor Jover, en una larga y fructífera conversación, a propósito de la apreciación cambiante que, según los momentos, hemos tenido de unos u otros siglos de la vida española; y la he actualizado luego al releer algunos de sus escritos sobre historiografía. En la publicística liberal a que antes me refería, como en las ideas que sobre la evolución de España han barajado nuestros intelectuales, es fácil detectar una corriente de descalificación de la España moderna, que cobra especial relieve a partir de los años setenta del pasado siglo. Con esa descalificación se pretende habitualmente abrir paso a nuevos pro-

yectos de cambio, a través de morales colectivas, sean estas de tipo científico o de tipo nacional, encaminadas en cualquier caso a la «regeneración» del país, palabra entonces habitual y que hoy hemos sustituido por el término «modernización»: los regeneradores mantienen que España ha de adoptar, o bien, como Francia en la tercera república, el camino de la ciencia —apoyo a la universidad, fomento de la investigación, desarrollo técnico, énfasis en la educación generalizada—, o bien, siguiendo el ejemplo de otras comunidades europeas, el camino del nacionalismo, la recuperación de la propia identidad. En todas esas propuestas se recurre a la denigración de la España moderna, sin la cual no podría entenderse, por poner un ejemplo de todos conocido, la célebre «polémica de la ciencia española»: cuantos participan en ella apuestan por algún defecto o situación carencial, que se remonta a nuestros siglos de grandeza, y en el que localizan la causa de nuestra decadencia. La intolerancia de que se vio aquejada la vida colectiva, el cansancio originado por lo descomedido de las empresas en que nos embarcamos, o la violencia estructural de una monarquía absolutista que desfiguró la identidad de los antiguos reinos, son los argumentos más esgrimidos en este tipo de lucubraciones; los tres, los había mencionado ya Antero de Quental en su resonante conferencia, el año 71, en el Casino Lisboense, y, con diversas variantes, pasan de unos a otros autores.

Tales planteamientos iban dirigidos siempre a magnificar, a subrayar la necesidad de que España se transformase: a través de la ciencia moderna, si es que el vicio heredado era la intolerancia; o mediante un período español puro, como podía pensarlo Ganivet, si es que el fallo fundamental había sido el cansancio; o reconociendo en la práctica su pluralismo nacionalista, si es que la implantación de un Estado autoritario y centralista se consideraba el origen de nuestros males. Hablando entre historiadores, no hace falta insistir en que tales explicaciones no son propiamente históricas, hijas de un riguroso el manejo de las fuentes; son, en el fondo, explicaciones míticas, que tratan de destacar, proyectándolas hacia el pasado, las propias preocupaciones o esperanzas cara al futuro, en punto a la posibilidad de transformación de nuestra sociedad. Estos análisis crean, indudablemente, en la tradición liberal española una cierta desconfianza, un cierto desvío hacia la época moderna, hacia los siglos de la modernidad, coincidentes con la grandeza del país.

Cómo ese estado de opinión se va diluyendo en la década final del siglo XIX, me parece que constituye un tema historiográfico apasionante, en el que no haré aquí sino un par de calas, para establecer luego un *pendant* con la tarea similar que, respecto al siglo XVIII, hubieron de realizar los historiadores modernistas en el ambiente de posguerra. No hace mucho tiempo, con motivo de una de las tesis más interesantes que estoy ahora dirigiendo, un estudio sobre «Toledo en la tradición liberal» realizado por un antiguo discípulo y gran amigo mío, Vicente Ferrer, localizábamos, en un libro ya relativamente remoto, como es *La arquitectura gótica en España* de Street, el posible origen de una idea que fue decisiva para el cambio experimentado por la intelectua-

lidad liberal española en su apreciación de la ciudad de Toledo, como símbolo de la antigua España y capital del reino de Castilla en los tiempos medievales y comienzos de la modernidad. Este libro, que se publica a fines del reinado de Isabel II, el año 65, es obra de un arquitecto inglés, relacionado con el prerafaelismo, autor de abundantes edificios neogóticos, entre ellos el Palacio de Justicia de Londres, en Strand. En sus viajes por España para conocer nuestra arquitectura, al llegar a Toledo, descubre dos cosas, igualmente sorprendentes para él: un magnífico ejemplo del gótico pleno que es, como puede suponerse, la Catedral, analizada con tal precisión que nuestra imagen del monumento —la que muchos de nosotros recibimos directamente de don Diego Angulo, recientemente desaparecido— sigue siendo tributaria de su estudio; y el fenómeno, no menos llamativo, de la rareza de edificios puramente góticos en tan espléndida ciudad medieval. Para explicarse esta peculiaridad, Street mezcla muy fecundamente dos argumentos, uno artístico y otro de orden histórico: la convivencia entre las tres religiones —el mundo cristiano, el judío y el musulmán— produjo, como fruto estético, el mudejarismo, ya que fueron alarifes musulmanes quienes, al servicio de los cristianos o de los judíos, construyeron los edificios de culto y las viviendas toledanas; la tolerancia religiosa está, por tanto, en la raíz misma de esa variante estilística que redujo el empleo del gótico puro a algún edificio tardío y marcadamente «oficial» como es San Juan de los Reyes. Gracias al Street —que fue el libro de cabecera para el redescubrimiento de las viejas ciudades castellanas por la Institución Libre de Enseñanza—, la intelectualidad liberal deja de ver Toledo como una ciudad retrasada y levítica para visualizar, precisamente en ella, el ideal de tolerancia que era urgente recuperar.

La reconciliación con parte de nuestro pasado contribuyó, a su vez, al abandono del complejo de minoría aislada, para pasar a sentirse continuadores de la auténtica tradición nacional. Es esta una idea que siempre resulta fecunda: tradición, realmente, no hay más que una, y quien la encarna desde el siglo XIX es esa corriente liberal, como pudieron hacerlo en tiempos anteriores las corrientes renacentista, barroca o ilustrada. Y cualquiera que se siente depositario de la tradición viva —no de sus formas degenerativas o fosilizadas— tiende a reinterpretar los estadios anteriores, como la mejor, como la única forma posible de reasumir todo el pasado nacional. Sospecho que este cambio causa estado hacia 1898; cuando murió Menéndez Pidal, en un artículo necrológico, también para el diario «Madrid», aventuraba yo la existencia de una «tregua sagrada» en torno al 98 por imperativos patrióticos, para hacer frente al desconcierto del país. Pueden invocarse, a ese respecto, ejemplos muy concretos, como es el de Altamira —el historiador por excelencia de la Institución— que empieza, a partir de esa fecha, a elogiar sistemáticamente la figura y la obra de Menéndez Pelayo en su conjunto. Cuando en 1908, Cossío, el discípulo de Giner, publica su magnífico libro sobre *El Greco*, que constituye un verdadero canto a la grandeza de Toledo en los siglos XVI y XVII, Menéndez Pelayo no se recata de elogiarlo en público, en la «cacharrería» del Ateneo, delante de Acebal, director de «La Lectura»; és-

te se apresura a contárselo a don Francisco, que escribirá de inmediato a Berlín, donde entonces se encontraba Cossio: todos ellos interpretan, creo que acertadamente, como un gesto de concordia el elogio de don Marcelino dirigido a quien iba a ser heredero y sucesor de Giner al frente de la Institución. Ese sentido de concordia es el que ha encarnado, hasta casi nuestros días, don Ramón Menéndez Pidal, discípulo a la vez de Menéndez Pelayo y de Francisco Giner; hace ya muchos años, en 1910, cuando acababa de publicar *La epopeya castellana*, Ortega saludaba esa obra como uno de los puentes que iban a permitir «el contacto inmediato, apasionado, sincero y vital de la nueva España con aquella otra España madre y nutriz».

El esfuerzo realizado por la tradición historiográfica liberal para aceptar —para entender y, en consecuencia, asumir— todo el pasado nacional, se vio correspondido por los jóvenes modernistas que después de la guerra recorrerían idéntico camino, pero en sentido inverso: desde la exaltación de que eran objeto por el mundo oficial el siglo XVI e incluso el XVII, procedieron a rescatar el siglo XVIII, del que quizá habían leído en el Menéndez Pelayo inicial que era un siglo ajeno a la tradición española. Dos entonces jóvenes maestros, Vicente Rodríguez Casado en Sevilla y Vicente Palacio Atard en Valladolid, ponen en marcha espléndidas escuelas de investigación sobre el siglo XVIII. La oportunidad de esta revisión difícilmente puede exagerarse, puesto que sin ella no era posible continuar la historiografía liberal anterior a la guerra, que había heredado del siglo de las luces el ímpetu ilustrado y reformador y la moral de la ciencia; rescatar el siglo XVIII suponía abrir las compuertas para una subsiguiente interpretación liberal del XIX. No es, pues, un puro azar administrativo, consecuencia del desgajamiento de la contemporánea de las anteriores cátedras conjuntas, el que esas escuelas modernistas centradas en el XVIII hayan contribuido a la pujanza inicial del contemporaneísmo entre nosotros, ni que de ellas hayan venido maestros para la contemporánea, como es el caso del propio profesor Palacio Atard. La nueva especialidad académica nacía con el respaldo de una historiografía que, desde su rigor positivista, aceptaba en su integridad el pasado nacional.

El segundo aspecto del legado modernista, que al principio enunciaba, es la inserción de nuestro contemporaneísmo en un contexto universal. Dentro de las lecturas de historiografía liberal de anteguerra, en las que todos nos hemos nutrido, figuran también una serie de obras sobre España escritas por extranjeros. Independientemente de cuál sea el valor de cada una de ellas, tienen en común el situar aspectos de la realidad española en un horizonte que, al menos implícitamente, es el de la Europa occidental; y aun cuando puedan insistir en peculiaridades de nuestra historia, que muchas veces no son tales, lo hacen al menos empleando un léxico, una terminología, que toman de sus respectivas culturas nacionales europeas. También aquí querría recordar unos pocos libros que, en un momento dado, me fueron de utilidad, para ejemplificar esa aportación extraespañola al conocimiento de nuestro pasado inmediato. El primero que me viene a la memoria, aunque su carác-

ter sea más bien el de un testimonio personal, publicado en 1879, es *L'Espagne moderne*, de madame Ratazzi. Una Bonaparte por nacimiento, viuda sucesivamente de un conde francés, del primer ministro italiano cuyo apellido conservó y de un diputado malagueño primo de don Francisco Giner —y cerca anduvo de contraer por cuarta vez con el Castelar ya maduro—, su libro denota un conocimiento político de primera mano sobre la transición de la república a la monarquía restaurada en 1874, que enjuicia, y ahí reside su mayor interés, desde la óptica del mac—mahonismo francés y del juego de partidos del risorgimento italiano. O aquella obra de Clarke, *Modern Spain, 1815-1898*, escasamente conocida, que publicó la Universidad de Oxford en 1906 cuando su autor, inglés un tanto errático, ya se había quitado la vida; contiene análisis muy finos, inducidos, lógicamente, de la rica experiencia política de su propio país. Libro también muy válido, con una primera versión de 1913, es *L'Espagne au XX siècle* de Marvaud, buen conocedor de la incipiente legislación social tanto en España como en Francia, de donde pueden deducirse evidentes paralelos. Entre los más cercanos a mi propia investigación, son de obligada referencia las obras de Trend, *A Picture of Modern Spain* y *The Origins of Modern Spain*, de 1921 y 1934 respectivamente, en las que tan bien se capta el ambiente refinado y britanizante del mundo institucionista, o el espléndido estudio del abate Jobit, *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*, aparecido en la aciaga fecha de 1936 y que, al fin, parece va a traducirse al castellano. Especial relevancia ha tenido un libro aparecido en la inmediata posguerra, ya que la primera edición inglesa es de 1943: *The Spanish Labyrinth*, de Gerald Brenan, que fue para todos nosotros una vía de acceso a la historia del movimiento obrero, hoy infinitamente mejor conocida a través de múltiples monografías y ediciones de fuentes, como la colección pionera promovida en la Universidad de Barcelona por el profesor Seco Serrano.

La visión de España proporcionada por estudiosos de otros países europeos, con su óptica y lenguaje propios, ha contribuido también al planteamiento universalista de nuestra historia contemporánea, que es otra de las características, a mi modo de ver, de la escuela que empieza a formarse años después de la guerra: para quienes venían del modernismo, el vincular el pasado de España a las corrientes universales era algo obligado, puesto que nuestra historia es la del mundo conocido en esos siglos de grandeza; nunca habían hecho, pese a ser una escuela historiográfica nacionalista —como lo eran todas las europeas en ese momento—, una historia de España insularizada, cerrada sobre sí misma. Esa amplitud de miras resulta paradigmática en un estudio que cito aquí, aunque sea algo posterior, de 1956, por el impacto que me produjo en su momento, la *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijóo*, del profesor Jover, donde el papel atribuido a España se enmarca perfectamente en el juego de potencias del siglo XVIII. De ahí viene la convicción, que sigue por debajo, aunque a veces resulte menos expresa en el contemporaneismo inicial, de que la historia de España es inseparable de la del resto del occidente europeo. En algún caso señero, como el de don Jesús Pabón, ha llevado al cultivo directo de la historia de otros países; es al-

go que siempre habrá que destacar como en años de máximo aislamiento y pobreza de España, pudo publicar en muy poco tiempo, entre 1941 y 1947, *La revolución portuguesa*, *Las ideas y el sistema napoleónicos* y *Bolchevismo y literatura*, prueba de la preparación previa que tenía para abordar esos temas. Su actitud resulta todavía excepcional, aun cuando algún profesor joven, como Hipólito de la Torre, siga el camino de Pabón investigando sobre el Portugal contemporáneo. Tenemos en casa demasiado por barrer como para lanzarnos sistemáticamente a investigar otras parcelas del pasado. No es a esa proyección extraespañola de nuestro contemporaneísmo, para la que ya llegará el momento, a lo que quería referirme, sino a la inserción, natural y obligada, de nuestra historia en la historia universal y muy especialmente en la europea.

Decir esto no es propugnar ninguna reconversión coyuntural, derivada de nuestro reciente ingreso en la Comunidad Europea, sino expresar el convencimiento de que la España del pasado jamás dejó de ser europea, ni por lo que hace a sus élites, ni en relación con las grandes corrientes de pensamiento o de acción que, aunque generadas fuera, alcanzaron de lleno a nuestra vida colectiva, dada la situación periférica o de dependencia en que se hallaba respecto de la Europa básica. Cuando se repite hoy que hemos de incorporarnos a Europa, la advertencia puede ser de utilidad para aquellos sectores de la vida nacional, o para aquellas instituciones —incluida la universidad—, que se habían ido rezagando o permanecían aferradas a una tradición fingida, inexistente; pero no para el mundo intelectual, que ha vivido de siempre en una atmósfera europea, sin la cual, por citar algún ejemplo, no puede entenderse ni a Unamuno ni a Giner, ni a Maragall ni a Ortega: son figuras que pertenecen, de origen, a un horizonte europeo, y eso mismo se puede decir de más de un político o capitán de empresa. El que nuestra historia nunca fue una historia marginal, el que formaba parte de la historia del Continente y de la del mundo con él relacionado, lo sabían muy bien los modernistas, por experiencia de sus propias investigaciones; y esa experiencia está presente, aunque sea de forma tácita, en los orígenes de nuestro contemporaneísmo académico.

III

Pasemos ya, porque esta intervención está resultando más larga de lo que había prometido, al tercero y último de los supuestos enumerados inicialmente: el cultivo multidisciplinar que ha caracterizado desde un primer momento a la historia contemporánea. Sin remontarme en este caso al período anterior a 1936, pero mucho antes de que se creasen los departamentos y la mayoría de las cátedras de contemporánea, una serie de intelectuales vinculados a la universidad y procedentes de otros campos del saber vinieron a confluír en temas que son, en sentido estricto, de nuestra especialidad.

Sólo desearía subrayar ahora lo enormemente enriquecedora que se ha probado esa aportación, que tipificaría, siempre sin desbordar los tempranos años cuarenta, en unas cuantas obras sobresalientes: el *Unamuno* de Julián

Mariás, quizá el mejor de sus libros, de 1942, que sitúa perfectamente el pensamiento del rector de Salamanca dentro de la filosofía finisecular y la crisis del positivismo, orillando el escollo historiográfico de la derrota de 1898, totalmente irrelevante para definir el perfil europeo de aquel vasco universal; *El hegelismo jurídico español*, del descomedido e inteligentísimo Francisco Elías de Tejada, al que todos los ya mayores hemos conocido, estudio imprescindible, publicado el 44, para entender el trasfondo teórico de muchas de las corrientes políticas durante la Restauración; el *Menéndez Pelayo* de Pedro Laín Entralgo en 1944 y, sobre todo, al año siguiente, *La generación del 98*, libro que en mi aprecio personal, quizá coincidente con el de bastantes gentes de mi edad, pasó de un primer entusiasmo, cuando estábamos en las aulas universitarias y Laín era nuestro rector, a cierta depreciación por parecernos demasiado tributario de ilusiones políticas pronto desvanecidas, hasta entender, con el tiempo, lo que tenía de pionero al diagnosticar —desde el campo parejo de la historia de la ciencia— como verdadera causa del malestar literario e intelectual del fin de siglo, la desconfianza en la razón; o *El liberalismo doctrinario*, de Luis Díez del Corral, también de 1945, o los primeros e igualmente pioneros estudios de historia económica de Ramón Perpiñá...

El que la historia contemporánea nunca haya sido un coto cerrado para quienes la hemos cultivado como disciplina académica, como profesión, me parece que ha tenido unas extraordinarias ventajas, porque ha supuesto la ampliación del léxico, el empleo de técnicas muy diferentes de aproximación a una realidad única, que nos han proporcionado un conocimiento crecientemente más claro, al ser múltiple, de la vida española en el siglo XIX y primer tercio del XX. Es verdad que, a veces, los historiadores echamos en falta, en trabajos procedentes de cualquiera de esos campos —la Filosofía del Derecho, la Sociología, el Derecho Político—, un mayor rigor cronológico, cuando la cronología y, con ella, el orden genético, interno de los hechos, es la estructura insoslayable de la realidad misma que se trata de aprehender. Pero, considerado en su conjunto, ese esfuerzo multidisciplinar ha representado un enriquecimiento objetivo del nivel de conocimiento de nuestra historia reciente, y también de nuestra formación, dada la necesidad de dominar todo tipo, no de técnicas —cosa claramente imposible y quizá innecesaria—, sino de lenguajes, para entender qué es lo que se aporta desde ángulos distintos a nuestra tarea de historiadores generales. Quizá se deba a ello el que la historia contemporánea, y creo que puede decirse con toda tranquilidad, sea una de las áreas dentro de las ciencias sociales que tiene hoy en España una mayor riqueza de técnicas y de vocabularios para poder afrontar el estudio de la vida colectiva en la parcela que le compete.

Estos son, a mi modo de ver, y aunque precipitada e insuficientemente desarrollados, los supuestos sobre los que se asienta el contemporaneismo de posguerra. Que los fundamentos eran buenos, lo avala el hecho de no haberse producido, en los años transcurridos —y hablo ahora de nuestro Departamento—, solución alguna de continuidad entre quienes empezaron a

hacer historia contemporánea, quienes les seguimos hace ya más o menos años y los que arrancan en estos momentos. Esta misma mañana, me entretenía calculando cuántas generaciones hemos ido pasando por el campo del contemporaneísmo desde 1939: creo que son ya cinco.

Los maestros de posguerra, procedentes del modernismo, constituyen la primera generación, la de los *trekkers*, que emprendieron la marcha hacia la tierra, casi incógnita para la universidad, del mundo contemporáneo. Son los que ahora están llegando a la madurez, aunque el ministerio —con visión futurista, sin duda— los declare jubilados. Es una de esas órdenes que, como decían los viejos aragoneses, se obedece, pero no se cumple: seguirán siendo por muchos, por muchísimos años, nuestros maestros.

Detrás venimos, por razón de edad, quienes llegamos a la universidad entre diez y quince años más tarde. Por seguir un símil deportivo, es esta una generación de corredores de obstáculos, y no hay en ello queja personal alguna ni me he sentido nunca victimizado; pero la política malthusiana que se aplicó durante muchos años a la ampliación del profesorado, ha mantenido alejada de las aulas universitarias a buena parte de esa generación, de mi generación, y muy posiblemente a los mejores: sus nombres los saben muy bien los profesores hoy homenajeados porque algunos de ellos son discípulos suyos.

Quienes hoy superan en poco los cuarenta años forman la tercera generación, quizá la más equilibrada en número gracias al crecimiento experimentado por la universidad; generación no traumatizada ya por la separación entre moderna y contemporánea que alcanzó aún a bastantes de mis coetáneos, y que ha completado además su formación fuera de nuestras fronteras de forma más temprana o menos discontinua que las anteriores. A ella pertenece Juan Pablo Fusi, en cuya gestión al frente de la Biblioteca Nacional tenemos todos depositada la esperanza de que la infraestructura de nuestra investigación deje de ser tercermundista, al menos en lo que concierne a esta casa. Es generación de corredores de fondo, con mucho camino por delante, y a la que pasarán muy pronto las riendas de la contemporánea en este país.

Los aún más jóvenes, se me figura que han salido menos de España, quizá por mantenerse en la línea de salida de esa maratón urbana, anunciada de tiempo atrás, que están siendo en estos últimos años las titularizaciones. Cuando sólo van recorridos los primeros kilómetros, empiezan a destacar algunos corredores, que serán los futuros maestros: nos son imprescindibles, porque con ellos debe mantener, por ley de vida, una relación más inmediata y continuada, la otra generación que ya apunta y que acaba de abandonar las aulas o está todavía en ellas.

Esta quinta generación —porque los contemporaneístas, jóvenes como los ordenadores, vamos también por la quinta generación— es la que lo tiene más crudo por la masificación no sólo de alumnos, también de profesores, que aqueja hoy a la universidad.

Pero no hemos venido aquí a lamentarnos, sino a celebrar la madurez, que no la jubilación, de dos de nuestros maestros. A ellos se debe en parte —

y algo de eso insinuaban antes, tanto Juan Pablo como Antonio— que los contemporaneistas seamos una tribu sustancialmente bien avenida, si se dejan a un lado las polémicas o las luchas momentáneas que obedecen, supongo yo, a ese componente neurótico que todos tenemos en la medida en que somos intelectuales; y, gracias a Dios que lo tenemos, para no convertirnos en meros funcionarios de la fábrica nacional de parados, sección histórica, a la que pertenecen nuestras facultades. Empecemos, pues, cinco generaciones presentes, estas jornadas de discusión y de diálogo en homenaje a dos maestros que llegan ahora a su plena madurez.